

# Literatura y fútbol. Los laberintos del gol y la poesía

Francisco Moncada Peña\*  
Escuela Colombiana de Ingeniería Julio Garavito

*“De repente la multitud contrita  
en un acto de muerte se alza y grita  
al unísono un canto de esperanza”.*

**Vinicius De Moraes**

Una cancha de fútbol es como un libro abierto. En cualquiera de estos dos espacios simbólicos discurre la acción del tiempo que agobia y concluye abruptamente un acto ritual, en el que unos hombres, elegidos por el destino, luchan incesantemente por la inmortalidad sobre un rectángulo opresor o dentro del espacio limitado de las páginas de un volúmen de ficción.

El rectángulo sagrado y un volumen hecho de palabras que procuran vida, son muestras palpables de la inteligencia y el afán que el hombre tiene de tejer metáforas que representen su realidad y la profundidad de sus sueños. Metáforas que son el lenguaje por el que se desliza la vida con todos sus pormenores de triunfos, alegrías, angustias, derrotas, absurdos y nostalgias: el fútbol y la literatura.

Cada uno de ellos, con sus leyes, historia y evolución propias, recorre los campos de la lucha humana y la encierra en su universo sagrado para que cada espectador o lector, con el alma en vilo, se sumerja en ellos, se purifique y regrese a la cotidianidad con la nostalgia del Edén perdido y el anhelo de reencontrarlo en la revancha de la próxima batalla de la tarde del domingo o en el siguiente universo elaborado por la palabra.

---

\* Literato, profesor de la Escuela Colombiana de Ingeniería Julio Garavito. [fsimemon@yahoo.com](mailto:fsimemon@yahoo.com).

Fútbol y literatura son dos metáforas que se entrelazan y anidan en el mundo contemporáneo, y con sus figuras tejidas sobre un campo de juego o sobre una hoja en blanco, crean estructuras y eventos análogos a la realidad para interpretar su sentido y unidad, y a la vez mostrarnos, con imaginación y fantasía, la esencia y el absurdo de la vida y las contradicciones propias del ser humano, que con la misma facilidad con que conquista un mundo, mata un héroe. Tanto un encuentro de fútbol como un poema o una novela, son la suma de instantes cargados de ironía, goce, sufrimiento, delirio, metamorfosis inesperadas, que ponen la vida en vilo y nos acercan a la muerte próxima e inevitable. Parodiando a Milán Kundera, podemos anotar que existe una coincidencia perfecta entre lo vivido en una cancha y la expresión literaria, pues en ambas expresiones, la vida se mantiene erguida mientras vivimos su magia pasajera y en la jugada maestra del héroe o el personaje de la historia de ficción se enfrenta a sus enemigos, al desamor o al absurdo de la vida. En las dos creaciones el tiempo pasa, recorre impasible cada centímetro sudado del campo sagrado o el espacio imaginado y conduce a los protagonistas hacia la gloria y la algarabía intangible del triunfo o el infierno y el silencio palpable de la derrota. Cuando el árbitro señala el centro del campo, la intensidad cede y la batalla concluye; tanto el espectador como el lector que ha llegado al punto final de la historia, reconstruyen paso a

paso lo que fue y pudo ser en esos pequeños universos que lo cautivaron con su magia.

El fútbol y la literatura están hechos de la misma sustancia lúdica que conforma universos compactos, autónomos e inasibles, como cajas de pandora, de donde brotan sorpresas que son las mismas y son nuevas cada vez que un balón enseña una curva o una palabra funda un mundo. Pero, a la vez que están hechos de la misma sustancia, son hijos de los mismos padres: la inspiración, el azar, el capricho de sus creadores y la sensibilidad de los espectadores o lectores. Si estas dos creaciones no son distintas entre sí, tampoco son ajena al hombre. El poeta, el novelista y el jugador que recrean la vida del azar en cada verso, en cada personaje o en cada jugada, recrean las gestas del hombre que siempre ha intentado crear un espacio más cierto, capaz de reflejar la condición humana para adquirir un poco de lucidez, a la vez que tender un puente entre Él y la divinidad para encontrar nuevas sendas en donde sea posible caminar de la mano de la imaginación y la fantasía.

En cada encuentro futbolístico podemos percibir pasajes o personajes de las grandes creaciones literarias. En otras palabras, el fútbol es la metáfora moderna que ha logrado poner en un espacio real la ficción que ha recreado la historia del hombre. En cada jugador podemos encontrar un Quijote, un Fausto, un Odiseo, un Dante o un poeta que, con la sutileza y la sensibilidad necesarias, enseña el arte de construir obras de arte que disipan la niebla de la rutina y plantea otros planos de la realidad.

Como el personaje del cine o la literatura, el del fútbol es indisoluble del mundo real-mágico al que pertenece. En cada equipo de fútbol encontramos personajes que por sus condiciones especiales, por su talento para el juego son vistos por el gran público como seres privilegiados que pueden derrotar los enemigos y alzarse con la victoria y así elevar o conseguir el prestigio para la ciudad o el país en que nació. A

este tipo de jugadores se le puede llamar Odiseo, ese genial personaje creado por Homero, quien se caracteriza por su ingenio, por su creatividad para salir de los peligros, y por su don para driblar el destino señalado por los dioses. El jugador Odiseo es aquel que se sale de los esquemas planteados e improvisa las jugadas más sutiles e inesperadas, que esquiva defensas y barreras de todo tipo y consigue el triunfo para su equipo. Es el héroe que vence las viscosidades de la vida y las limitaciones propias de lo terreno para imponerse al destino. A estas figuras, la imaginación popular las eleva a la condición de semidioses y toman su nombre para bautizar a sus hijos, una calle o un barrio. Si Homero hubiera vivido en nuestra época, muy seguramente sus héroes harían parte del ejército del fútbol y estarían en la avanzada de su selección.

Al igual que Homero, Cervantes, con la carga de sus palabras y la fuerza de su creatividad, venció los tiempos y envió a la cancha de la imaginación, a ese ser luminoso que embebido por sus lecturas caballerescas, perdió el juicio y emprendió la búsqueda de la igualdad y el triunfo sin más armas que la fantasía: *Don Quijote de la Mancha*. Hoy, siglos después, sobre las canchas verdes de todo el mundo, muchos quijotes vestidos de valor, dan más de lo que tienen y dejan su sudor, sus lágrimas y sus armaduras de tela que cubren guerreros modernos en pos de la felicidad de los hinchas que los silban y vituperan cada domingo porque no poseen la técnica de los superdotados e ingeniosos Odiseos. Estos quijotes, aunque ganen el encuentro, siempre serán perdedores y regresarán a sus casas en medio del silencio, la soledad y la indiferencia. Ellos son la reencarnación de la sinrazón del juego y el sentido de la lucidez de la locura.

En el siglo XIX, Goethe creó otro personaje que puede considerarse como la metáfora premonitoria del jugador de fútbol: Fausto. Este es un hombre sabio y rebelde que vendió su alma al diablo con la aspiración íntima de poder romper las limitaciones espacio-temporales y lograr conocer definitivamente la verdadera esencia de la vida y de la

muerte. Pero su pretensión de trascender más allá de los límites humanos no le dejó más que su caída y su derrota. De igual forma, cada jugador de fútbol revive en cada encuentro la metáfora de Fausto. Estos faustos modernos son prisioneros del tiempo limitado y limitante que transcurre inclemente e impasible sobre el rectángulo que también opriime con sus líneas blancas, líneas que encierran el cielo o el infierno a donde se eleva o desciende el héroe, sin despegarse de la grama, sin poder emprender la huida, porque el destino lo condenó a celebrar cada tarde de domingo el ritual sagrado del ciclo vital contenido en noventa minutos, en medio del silencio acusador de la derrota o de la algarabía de la quimera del triunfo. Como Fausto, cada futbolista intenta dejar su alma, venderla a ese monstruo informe que vocifera desde la tribuna y que reclama su sudor, sus lágrimas y su vida para justificarse. Conscientes de su efímera vida como protagonistas y sacrificados de ese ritual, lo único que reclaman nuestros faustos vestidos de colores vivos y pantalones cortos es que se les recuerde, porque así vencen el tiempo y besan la inmortalidad, al menos por un corto y fugaz momento.

El hombre es un creador de lenguajes por excelencia y con el lenguaje verbal se ha nombrado a sí mismo y ha tendido un puente con la realidad. Desde el mito y su magia hasta la edad contemporánea, siempre ha existido ese vínculo irrom-

pible entre el hombre y la literatura y, con él, el pensamiento y la historia de la cultura, los sueños y las angustias que han transitado por el mundo, han sobrevivido a pesar de las debacles y los cambios abruptos. En la literatura ha quedado registrado el paso del hombre por la realidad y en la poesía se han marcado los sueños y las nostalgias. La poesía es a la literatura, lo que el gol es al fútbol. La realización suprema y con ella se canta a la vida, al amor, a la entrega, los sueños y la nostalgia. Un gol es recobrar la vida cuando ya nos ha marcado uno y un verso es recorrer el camino de la añoranza para recuperar el tiempo perdido. Poemas y goles son la justificación de la vida y un dejar en vilo la muerte, porque se recupera el Edén perdido y se recupera la unidad extraviada por laberintos desconocidos.

Si la poesía y la literatura son búsqueda estética que apela por la purificación mediante el juego de la prestidigitación, el artificio de la palabra, la sensibilidad, la imaginación y la fantasía, y a la vez son registro y recreación de la historia del hombre y sus ceremonias, sus rituales y sus nuevas creaciones, no puede dejar a un lado al fútbol que es el lenguaje más universal, más creativo y que mejor condensa la experiencia humana en una metáfora de noventa minutos, en que los hombres se miden ante el mal, el tiempo y sus ansias, para exorcizarlos y correr en pos de la felicidad.

A pesar de tan poca bibliografía literaria sobre el fútbol y su esencia el gol, ya una de las mentes más lúcidas del siglo, el filósofo Albert Camus, lo describía como una de las creaciones humanas que mejor reflejaba el absurdo y la vitalidad que merecía la vida. Y otros autores, especialmente latinoamericanos, han comenzado a crear sus obras basadas en ese juego que mantiene a la expectativa a millones de seres humanos, que alelados observan los pormenores disfrazados de sus vidas y sus sueños. Sin embargo, aún hace falta la gran novela o el gran poema que recoja, en su metáfora esencial, la metáfora del fútbol y encierre en ella la verdadera belleza de la lucha humana, la estética del drama vivo y el erotismo que escapa de la muerte.

Asistir a un estadio de fútbol es como abrir una novela e internarse en su mundo. En ese anfiteatro moderno, se realiza partido a partido, la ceremonia que simboliza la vida. Como en las novelas, también allí, en los momentos previos, se rehace el génesis vital con el bautismo de los héroes y el reconocimiento del “mal” que en el fútbol está representado en un hombre “armado” con una guadaña sonora y en el equipo contrario. Cuando el hombre de la guadaña sonora pita el inicio del partido, se rompe el hechizo del “no tiempo” y la vida empieza a fluir allí con toda su carga de visciditudes, con toda su magia sobre el rectángulo que hechiza y encadena las miradas ansiosas que esperan que una gran jugada o el esperado premio de un gol justifique su existencia, su amor por ese equipo y su aliento contenido. En ese campo verde o en el espacio novelesco, la vida se teje con los hilos invisibles del destino representado en la dirección que toma el balón hacia el arco propio o el enemigo, en la decisión del juez, en el fluir del tiempo mientras dura la batalla en un campo rectangular, hasta que uno de los dueños del destino señale el centro del campo y pite el final de la alucinación, y los gladiadores abandonen su espacio sagrado, las tribunas se vacíen y se cierre ese gran libro escrito por todos sus protagonistas cada tarde de domingo.